

El noventa y ocho

NO TENGO QUE IR MUY LEJOS PARA ENCONTRAR EL 98, ni investigar o teorizar para encontrar sus raíces y sus ramas.

El 98 está en mi voz.

El 98 no me deja vivir en paz; se aparece cuando lo busco, lo cual es natural, como aquí y ahora —pero también aparece cuando no lo busco. Se ha convertido en parte de mi pensamiento.

Unos cuantos ejemplos.

Lo primero que me vino a la cabeza cuando empecé a sentirme presionado a escribir con una computadora, porque la computadora no es un instrumento sino una compañera caprichosa e inteligente, fue la exclamación de Unamuno: «¡Que inventen ellos!» Me pide cosas que no sé darle, y a veces ni siquiera entiendo lo que espera de mí. La computadora, esa compañera nacida en otra lengua, me mira y amenaza con adueñarse de mis torpes palabras. «Que inventen ellos.» Y lo mismo ocurrió de nuevo cuando ingresé en el internet. www@SpanishAmericanWar.com.org. «¡Que inventen ellos!»

No se lo deseo a nadie, pero la verdad es que nací en español, y por lo tanto estoy condenado a sentir el 98 transcurrir por mis venas. Tanto la terquedad como el fracaso y la arrogancia están en los genes de mi idioma.

Otro caso. Cada vez que termino de escribir un texto, me siento obligado a pulirlo, revisarlo una y otra vez. Creo, como un idiota, que una buena revisión de estilo es todo lo que necesito para salvar el contenido de un texto. Y todo se lo debo a cierta admiración adolescente por el estilo de Ortega y Gasset, y por su defensa de la perfección de un texto repulido: «Ese toque de piedra pómez que lo es todo y que no es nada». Inclusive perdí un par de horas revisando este texto que ahora están leyendo.

Si algo consolidó mi entrega al abrazo sofocante de la Revolución Cubana fue la lectura apasionada, durante años, de la obra de Antonio Machado. Del lobo tres pelos.

«La verdad es la verdad, díjala Agamenón o su porquero.

«Agamenón —Conforme.

El porquero —No me convence».

Y:

«¡Lo que sabemos entre todos! ¡Oh, eso es lo que no sabe nadie!»

Y:

«El ojo que ves no es

«ojo porque tú lo veas;

«es ojo porque te ve».

Recuerdo noches de guardia, durante mis años de miliciano en Cuba, leyendo las obras completas de Antonio Machado y desatendiendo la vigilancia de mi posta. Era una edición en papel biblia, de 1940, publicada en México, y que podía llevar sin dificultad en el enorme bolsillo de mi pantalón verde olivo. Es uno de los pocos libros que llevaba en la maleta el día que tomé el avión decidido a no regresar jamás a la isla. Pero me acompañaba la lengua española y Machado con su «torpe aliño indumentario».

Mis contradicciones, mi pasión y mi irritación con la revolución, también se definen en un pensamiento de Unamuno: «Nada se parece más al abrazo que la lucha cuerpo a cuerpo».

Para terminar los ejemplos del 98 en mis venas ahí está el Pensador de Rodin. Cada vez que veo la imagen reproducida —su uso y abuso es una experiencia cotidiana— no puedo evitar una sonrisa en mi fuero interno. Y es por el comentario de Baroja ante la estatua: «No lo entiendo. La verdad, para mí, es que a ese señor parece que le cuesta harto trabajo pensar».

Pero el 98 es mucho más que eso —insistirán algunos. Es mucho más que un grupito de escritores y pensadores. Un grupo de escritores que tal vez no sea el más importante del momento. Para mí lo fue. El 98 marca, parafraseando a Lenin, el agresivo principio del imperialismo yanqui. Y marcó el final de la extensa geografía del imperio español. Todo eso para mí es secundario. Los años me han enseñado que los detalles a veces son más importantes que las grandes teorías. Prefiero hoy a Santa Teresa de Ávila mucho más que a Carlos Marx. La verdad está en los pucheros y no en la lucha de clases. Está más en el telón de fondo que en las figuras que se pavonean en el escenario. El problema, las dificultades entre Estados Unidos y Cuba, entre América Latina y los Estados Unidos, entre los nacidos en inglés y los nacidos en español, está en la lengua que hablamos. Más que todo en cómo sentimos y vivimos la lengua.

Actuamos de forma diferente, porque aunque utilicemos las mismas palabras queremos decir algo muy diferente, algo imposible de traducir. El idioma es una manera de pensar y más que todo para los nacidos en español, una manera de sentir y sentirnos. Nosotros tenemos lo que he dado en llamar un ego lingüístico.

Para los pueblos de habla inglesa la lengua es un medio de comunicación, a veces hasta un medio de expresión —para nosotros es algo más concreto: a nosotros nos va la vida en las palabras. Ésa es la gran diferencia: no es la geografía, ni el desarrollo económico, ni la historia —es la realidad física de las palabras.

Asistí en una ocasión a una charla de Umberto Eco, el semiólogo italiano; en la charla Eco llevó a cabo una demostración práctica de la naturaleza del signo. Tomó una hoja de papel, y después de arrugarla en el puño, la lanzó al auditorio. Inmediatamente después le preguntó al estudiante agredido: «¿Es esto un signo?» «Sí,» respondió el estudiante. «No, no es un signo, es un acto.» Y tomó otra hoja de papel arrugado y sólo hizo el gesto de lanzar la bola. Y repitió el gesto: «Esto es un signo,» y nada salió disparado de su puño cerrado sobre el papel.

Para nosotros, sin embargo, las palabras suelen ser, al mismo tiempo, signo y acto. Nosotros utilizamos las palabras tanto como signos que como proyectiles. Nuestro discurso utiliza las palabras tanto como signos que debemos decodificar que como objetos, cosas ante las cuales tenemos que reaccionar muscularmente.

Si Cuba ha tenido alguna resonancia en el mundo moderno, a pesar de sus limitaciones geográficas, es debido, en gran medida, al ego lingüístico de dos de sus magos de la palabra. Situados antes y después del 98, uno es causa y el otro consecuencia de los sucesos que desembocan y descienden de la guerra entre España y los Estados Unidos, son hijos mayores de la palabra. Tanto José Martí como Fidel Castro se bañan en el torrente de la lengua y nos inundan con sus palabras.

La grafomanía de Martí no tuvo límites, todos sus actos y pensamientos tenían que pasar a la palabra escrita para tener algún valor, todavía se habla de las páginas perdidas donde Martí recogió con lujo de detalles sus encuentros sexuales con la mujer. Si no lo anotaba, para Martí nada había ocurrido. El general Máximo Gómez es probablemente responsable de la desaparición y destrucción de un manojito de páginas del último diario de Martí. Diario donde anotó sus diferencias con el mando militar de la guerra. Palabras que seguramente se oponían al control de los generales en el gobierno. La tropa al oír a Martí hablar, con pasión y ternura, había comenzado a llamarlo «Presidente» aunque no había participado jamás en una carga de machete. Había llegado al corazón de los combatientes con la acción de la palabra y no con las armas.

Todos sabemos de las horas que Fidel Castro ha dedicado a convencer y envolver al pueblo cubano con su torrente de palabras. Fidel llegó a exclamar al principio de la revolución: «Es preferible que la isla se hunda en el mar, antes que vivir en la mentira». Palabras para actuar, una base para arriesgarlo todo. Y si se contradecía, no importa, la verdad está en la fuerza y la convicción de las nuevas palabras. La realidad, como en Don Quijote, se adapta a las palabras.

Muchos de ustedes deben conocer esta sabiduría de la lengua inglesa: «Sticks and stones can break my bones but words will never hurt me».¹ Nosotros estamos más cerca de Emiliano Zapata, que en una película mexicana,

¹ Los palos y las piedras pueden romper mis huesos, pero las palabras nunca podrán lastimarme.

cuando las tropas han agotado las municiones, ordena a sus hombres: «Echen mentadas, que las mentadas también duelen».

Es posible que las nuevas generaciones se sientan menos habitadas por la palabra y confíen más en los objetos. De ser así dejarán de enloquecer con las palabras, como Don Quijote leyendo los libros de caballería, o morir en el fulgor de una frase patriótica, como José Martí. El español es una lengua de trágica y terca grandeza, tal vez un poco a contrapelo del mundo contemporáneo, pero sin su pasión tendremos más cosas, pero seremos menos.

El lunes pasado, cuando supe al amanecer de la muerte de Octavio Paz, quise sentir su vida y abrí *El mono gramático*:

«Las cosas se vacían y los nombres se llenan, ya no están huecos, los nombres son plétoras, son dadores, están henchidos de sangre, leche, semen, savia, están henchidos de minutos, horas, siglos, grávidos de sentidos y significados y señales, son los signos de inteligencia que el tiempo se hace a sí mismo, los nombres les chupan los tuétanos a las cosas, las cosas se mueren sobre esta página pero los nombres medran y se multiplican, las cosas se mueren para que vivan los nombres».

